

**LETRAS DEL BUEN HUMOR
O
EL QUIJOTE ESCONDIÉNDOSE
DE ESTE SIGLO**

Salvador Pliego

Copyright © 2012
COPYRIGHT by Salvador Pliego. All rights reserved.
Houston, Tx. USA

Todos los derechos reservados. Este libro no puede ser parcial o totalmente copiado o reproducido de cualquier forma sin autorización del autor.

Presentación

El contenido de esta obra, cuyo título es ya una sugerencia entre la comicidad y la ironía, muy fina por cierto, como corresponde a un poeta de la talla de Salvador Pliego, nos traslada, apenas en su comienzo, por medio de una interesante parodia de aquél “Gallardo Caballero” de los Molinos, Rocinante y Dulcinea, a éste: Don Escualdo, un personaje soñador e ingenuo de la gran ciudad. En su relato, escrito a manera de poesía, Salvador nos marca el camino con un sano humor, a lo que podría ser la representación de un hombre amante de la paz y la justicia, rebelado contra la ceguera de los que habitamos cada día el planeta, lleno de obligaciones y sin detenernos un instante a disfrutar de la vida, y aquél, que solo con una gran sensibilidad puede advertir que simplemente estamos de paso, por mucho esfuerzo que hagamos.

Siguiendo la lectura, encuentro ya más marcado, el juego de la ironía: con el bache eterno de la calle, el smog, el elevador y otros tantos temas cotidianos, que nos demuestra que ésta no es una obra de humor, sino una obra con humor, ya que en realidad el autor no pretende solamente hacer reír, sino usar el humor para desarrollar un tema literario a manera de queja. Alejandro Dolina dice que “el humor es una sazón, una sal, un condimento y que si malo es un plato sin sal, peor es comer sal sola”, y se remite a las obras de Moliere, (dramaturgo francés) quien basado en las estructuras, trabajaba con el humor, pero no como fin sino como un mero argumento.

Los poemas y relatos que nos presenta Salvador Pliego en esta singular exposición artística, están basados justamente en lo que Dolina expresa: “una observación de la realidad, un ejercicio de la fantasía, una creación de personajes, un cultivo de la paradoja”, y todo ello va más allá de la gracia y la risa que nos provoca la simpatía de una narración tan bien hecha.

Adentrándome a la mitad del libro, hallamos el “Caminante ciudadano” donde el poeta trabaja con el “yo” de una manera impecable y luego encontramos más de la realidad que tanto duele, cuando parejas descontroladas procrean sin pensar que ese niño número quince también debe alimentarse e ir a la escuela, y lo que piensa ese niño “quince” por el bien de toda su familia.

No voy a explayarme más, es mejor leer, divertirse y pensar con esta obra que demuestra el buen humor al servicio de la literatura y de la inteligencia de Salvador pliego, quien no deja a salvo ni siquiera a la realeza. Los invito a entrar en “Letras del buen humor o El Quijote escondiéndose de este siglo”, que bien vale la pena disfrutar y tomar conciencia de nuestras propias desgracias con simpatía, ya que no podemos arreglar el mundo, por más Quijotes que intentemos ser.

Walter Faila, Poeta - SADE República Argentina**

ÍNDICE

1	Encuentros ciudadanos
19	Jugando con el lenguaje
23	Platicando algunas cosas
38	Biografía del autor

ENCUENTROS CITADINOS

I

Travesías en el metro (el transporte colectivo)

Hoy se ha puesto la armadura... ¡Dios Santo!

En un lugar, cuyo nombre no recuerdo,
cuyos muros ciudadanos engendraron este canto,
un noble Caballero al mundo fue a enfrentar.
Era Don Escualo un Hidalgo humeante y no fornido,
más enclenque que agraciado,
lánguideo como ninguno y nulo de sustento.

Un día, el noble Caballero púsose gorjal,
rodilleras, peto, los brazales, y todo lo demás:
traje y corbata y, ¡Dios Santo!, al metro fue a abordar,
con su portafolio en mano y ganas de bregar.

Ya estando en el andén vio a un pastor azul vestido
y con un flautín en mano.
El pastor hacía señales y a la vez iba gritando:
-Mujeres y niños a su derecha. Caballeros a la izquierda...
Don Escualo Ciudadano se dijo sin reparo:
-¡Ésta es la tierra que yo he de liberar!
Y presto, se acomodó el saco y la corbata,
y cuando intentaba empuñar su pluma
para arremeter con brío a lo ordenado,
entró con mucha fuerza un tren e hizo la parada.
-¡Por las barbas de mi abuelo!, se dijo el Caballero,
¿de dónde este jinete ha salido?
Y antes de tomar conciencia,
un millar de caminantes se le fueron por encima.
Mas, no hubo respirado,
cuando por detrás lo empujaron, con potencia tal,
que como una vara mal fraguada
dentro del vagón quedó enraizado.
-¿A qué celda me metieron sin justificarme la razón?,
reclamó el noble Hidalgo. Ya verán que si de esta salgo,
por mi nombre y por mi espada –así lo dijo mientras su plumón
les fue mostrando-, haré que ustedes se arrodillen
y a mí escudería perdón le pidan por habérmela ultrajado.
Mas, usted que ya ha viajado y por ende ya conoce
que en el metro todos hablan, todos gritan, nadie escucha...
¡nadie le hizo caso!

Toda vez tranquilizado, y volteando a su lado, vio una Dama.

Como noble Caballero que es bueno y educado,
y ante ingratas circunstancias de apretones y codazos,
pensó que era momento de ofrecerse voluntario:
-Bella Dama, si requiere usted de un hombro,
aquí tiene uno espontáneo protegiendo al suyo propio.
Por el filo de mi espada haré que pase aquel osado
que intentase a usted tocarla o ultrajarla.
La señora alzó la cara y, de inmediato,
le dio un trancazo en el rostro a Don Escualo:
-No intente usted pasarse, dijo la señora.
¡Si yo deseo a alguien, yo diré quien es mi antojo!
El Caballero, orgulloso de su alcurnia,
y mientras veía que la Dama
entre la gente se escurría, respondió:
-Sea pues, Señora Mía, que el buen carácter
es muestra de su valentía. De ahora en adelante
usted será: mi bella y dulce Doña Maria.
¡Seré, así, digno de la gracia que ostenta su finura!
Sin embargo, mientras con su propia suerte
alegaba Don Escualo,
no dejó de sobarse ese cachete.

Una vez curada toda el alma, y el golpe,
el digno Caballero se aprestó a emprender su gran hazaña,
misma a la que un Hidalgo ha sido educado y confiado:
liberar su tierra, defenderla y obsequiarla
a su Dama como ofrenda.
Preparóse entonces Don Escualo:
alzó rostro por encima de la gente,
tan alto, que él mismo fue a nombrarse:
Varón del desamparado y protector de los sufridos.
Alistó escudo, espada, armadura.
Proyectó su vista, su ser, su gallardía.
Fraguó sus brazos, su espalda, su pecho.
Enfiló su brío, su caballo... su caballo... su...
-¿Y mi caballo?... ¿Dónde está mi caballo?
¡Dios Santo, el portafolio se lo habían robado!
-¿Y mi caballo?, gritó a pulmón abierto.
Pero, usted sabe, en el metro todos hablan,
todos gritan, todos empujan y nadie escucha...
¡Y nadie le hizo caso!
-¿Y la montura del corcel?, grito de nuevo aterrado.
¡Ya ni reloj le habían dejado!... ¡Dios Santo!
¡Tan mal talante al Caballero el metro había dejado!

Como los hombres son humanos, no eternos,

el digno Caballero, triste y compungido,
se fue a una esquina ya cansado;
agotado, se quedó dormido solo.
Y durmió de un tirón... sin caballo, sin montura,
sin María, sin reloj, sin portafolio.

Yace ahí el Caballero...

II

El bache de la calle

He visto al sol nacer, morir
y renacer de entre la nada;
su cuerpo colorido y perfecto,
su gracia pintoresca y amalgamada...

Pero nada como tú, bache querido:
tu eterna profundidad y anchura,
tu materia de agua que te llena y te sacia.
Eres el venero de la tierra eternamente lleno.

Por tu cavidad, los Porsche y los Cadillac
dejan su rastro de caucho e ignominia,
y los rines fulguran sus rostros
por sus golpes recibidos.

En ti cabe la luna y las mareas.
¡Tus olas son tan altas y tan verdes!
Eres la blasfemia del transeúnte al ser mojado.

Mi querido bache, mi paisaje y mi oleaje:
¿Qué será de mí cuando te tapen,
si te han programado para el
treinta y nueve de febrero del 2099?

¡Con qué dolor saldré a mirar la calle!

III

El elevador

Un pie adentro y el mundo se condensa,
se abre, se exilia a sí mismo,

se arreboza a la vez.

Basta con entrar y apoderarse de la altura.
En un principio son las mariposas,
las libélulas flotantes, los escarabajos
que se alzan impecablemente acorazados.
¡Y se inicia la carrera hacia arriba!

Desde adentro, en esa caja,
somos portadores de experiencias,
del egregio dominio que se apodera de nosotros
con la altura.

Y asciende como el ala,
como una flecha de pájaros sin punta,
como una cimitarra cortando aire y nubes, vuelo y sonidos.
Así escala las más altas puntas y sus cimas,
las mismas cordilleras,
las insignes copas de volcanes.
Quedan abajo las sombras de Himalayas,
las gibas de los Andes, las corvas de la Sierra Atravesada.

¡Y sube!... ¡Y sube!...
¡Qué vértigo de cumbre!
¡Qué acrofobia a las crestas!
¡Qué derrame de ansiedades!
¡Qué temblor de precipicios!

¡Por Dios, qué angustia! –al fin exclamo-,
voy en el segundo piso,
¡y faltan treinta y siete por subir!

IV

Esmog

Vosotras, viejas aves,
no sois moscas revoltosas,
ni vulgares como aquellas,
pero siempre chocáis contra esos muros
cual bellotas ya maduras.
¿Qué no, acaso, comprendéis
que el esmog es el ambiente
y la miel de las ciudades?
Por doquiera dejáis los huesos

demolidos en ladrillos.
No es delirio sulfuroso,
ni deseo fotoquímico,
pero, si no es graffiti lo que pintan,
¿por qué dejáis los muros embarrados?

V

Inquilinos multifamiliares

Arco iris entra por la baranda
y el cristal abre a sus anchas.
En la vidriera una reina de luz
con sus alas de escarcha pasa.
Le llama un timbre de agua
y el agua es manantial de candela.

Señora del 87, mire pasar esa luz
con su vidriera de alfombra.
Una bengala regala un arete para que prenda.
Y el arete ilumina a la preciosa vidriera
para ofrecerle un destello
y una sortija de aurora.

Señora del 87, la luz se ofrece y se hinca
por la barandilla, donde la vidriera
sonroja al arco iris que la desposa.
¡Mire la luz como pasa!
¡Mire el brillo que irradia!
¡Mire su haz que traspasa!

Señora del 87:
¡Deje de tender sus pantaletas
porque tapan mi ventana,
que además de mal lavadas,
son tan grandes, que me espantan!

VI

A primera vista

Usted me entiende y yo le entiendo.
Usted sabe de esa hazaña:
mi vecina, joven moza y bella dama,

fue al cine con su novio.
El permiso fue acordado
y por demás fue instruido:
¡Ten cuidado del fulano!...
Mas la pobre princesita no hizo caso de lo hablado.

En pleno teatro, ya en silencio y apagado,
el fulano, en el oído, susurrando, así le dijo:
-Mi amorcito, ¿un besito?... ¡No haré travesuras!

Cuando a casa la Princesa despeinada hubo llegado
y le vio su madre una sonrisa exhibiendo,
echa un ogro le gritó humo escupiendo:
-¡Me traes al fulano!... ¡Y lo quiero de inmediato!

Usted me entiende y yo le entiendo.
El fulano apareció cual alfil, serio y gallardo.
La señora de la casa la escalera fue bajando
y, de inmediato, uno y otro la mirada se clavaron.
-Señora, ¡qué placer es conocerle!...
¡Ya no haré más travesuras!

La chacha, la doméstica, la que limpia esa casa,
fue testigo de la escena.
Y no pudiendo estar callada,
en la noche, al señor, le contó de las miradas.

Usted me entiende y yo le entiendo.
El señor, pistola en mano, fue a buscar a aquel fulano,
quien, presto y apurado, puso espacio de por medio
y fue a esconderse en el llano.

La Princesa de la casa llora y llora por su amado.
De repente una sonrisa maliciosa se le escapa.
¿Habrá sido algún recuerdo?

La señora, en su ropero, en una esquina,
en un ángulo secreto,
guarda un diminuto negligé
por si un día aparece la mirada de sus sueños.

Usted me entiende y yo le entiendo.
La chacha, la doméstica, la que limpia esa casa,
va a ver teatro, a escondidas, a oscuritas,
muy seguido en ese llano.

VII

De vuelta a casa (en la selva del camino)

A Dios me sabe el tiempo y el camino.

Hay un movimiento de navío
que es mar donde le miro,
buque y rueda, proa y faro siendo guía: mi carro.

Al salir de la oficina a una ola trepo,
cual fuera un corcel de acero,
un látigo sin tiempo galopeando la hora hasta agotarla.
Un chispa de energía enciende el suspiro –vehículo, les digo.
¡Aleluya! ¡Aleluya!... Ya va por el camino...

Trescientos metros:
Una marcha de tubérculos protesta su color amarillento.
¡Cadavéricos! –gritan al unísono.
Y un girasol los pone rojos sin oírlos.
Me frenan y detienen el camino...
¡Aleluya! ¡Aleluya!

Trescientos metros y trescientos dedos míos:
El semáforo titila un sí y un no:
una rueda va y se mueve, una no. El semáforo se muere.
¡Aleluya! ¡Aleluya!

Trescientos metros y seiscientos huesos:
Un policía nuevo es viejo en el silbato,
es nuevo en el horario, es viejo en direcciones,
es nada entre las calles.
A Dios sabe dar sus multas... Y a la iglesia las mordidas.
A Dios sabe dar sus multas... A mi carro le da una.
¡Aleluya! ¡Aleluya!

Trescientos metros y novecientos indiscretos:
Esta vez la protesta de los buitres:
quejándose se quejan, quejumbrosamente ardidios
de haber roído un hueso
que dejo pudriendo un muerto moribundo.
¡Que castiguen al entuerto! –piden ellos, piden juntos.
¡Aleluya! ¡Aleluya!
¡Y a mí qué si ya está muerto! –Les digo y les contesto.
¡Que dejen el camino abierto!

Trescientos metros y un tanto de otro incierto:
Un bache, una esquina, un clavo se coligan
y sin otro miramiento a una llanta la amortiguan.
Grito expreso: ¡Aleluya! ¡Aleluya! ¿Qué otra cosa?
¿Qué otro hecho? ¿Qué otra poza se avalancha?

Trescientos metros y un demás por entre menos:
Adelante, un angelito choca...
Y un ala es la que extiende para ver si el cielo baja.
¡Aleluya! ¡Aleluya!

Ya inspirado, subo al cofre de mi carro,
y a pulmón entero, cual lo dijo ya Machado, grito y clamo:
¿Quién me presta una escalera
para escalar un santuario
y gritarle a todo mundo
que ya estoy desesperado?

VIII

A un semáforo descompuesto

Hete aquí, como todos,
retraído y titubeante,
como una várice perdida
quejándose a pleno improperio,
correteado cual si fueras un pulmón sin aire
por exceso de lastre o equipaje.

¡Mírate!...
Eres el lívido paisaje de la nada:
macilento objeto de lo explícito.
Vamos pues, eres el letargo del mundo
que pone al ser humano en cuclillas.
¿Y aún te mofas de cualquiera
al ver el berrinche que por coraje manifiesta?

¡Arde, bestia tan maligna!
¡Cobra vida de una vez por todas!
¡Enciende esa farola como sea,
como quieras, como puedas!
¡Demonio, por demás,
deja ya al tráfico avanzar!

IX

Caminante citadino

Todo el que camina anda...
Antonio Machado

Para andar la vida, la esperanza,
y su paso firme que confía.
Por el camino de la vida
pasos hay por avenidas
que son mares de alegría
o son rutas de agonía.

Caminante es todo hombre
que al sendero pisa y canta,
y en su huella marca vía
hacia el rumbo que camina.

Aquel que pasa ha de apurarse.
Aquel que corre ha de sentarse.
El camino no se pierde,
sólo pasa y luego vuelve.

Pero al pasar el cruce, ¡alerta!,
la calzada hay que mirarla,
sea desdicha lo que ocurre
y la zancada heces pise ...
¡Va la vida oliendo a pestes!

X

Virtualidad de la modernidad

Ya no son de aquella época
los seguros de viajero,
cuando el probo caballero,
guardando honra, pudor y castidad,
a la mujer le proveía
un cinturón de castidad.

El presente es más virtual,
más dinámico y surreal.
Lo que piden ahora las damitas,
las señoras, es una contraseña,
un password, es igual.
¡Y vaya usted a gozar!

XI

Paisaje citadino

De esa comarca provinciana
donde rinde su fruto la devota idiosincrasia,
¡ave purísima de la armonía, del ocote y la frescura!,
nace el paisaje más bello de la tierra.

Ante la luna oculta y el pajarillo
que se ahoga de esmog allá en la altura,
crecen verdes los concretos que se forjan cual montañas.
No hacen falta las chicharras, saltamontes, ni los grillos;
para ruidos sobran, bastan, sobreabundan,
los cláxones y las bocinas que circulan.

¡Qué visión aquella de horizonte y de paisaje!
A cinco metros la pared nos cuadra
en toda esquina como cárcel.
Las huertas son vergeles de semáforos luz verde,
y cuando cambian, petirrojos van dejando multas
en vidrieras si el viajero no se para.

De mi pueblo, sus linderos son dehesas;
sus caminos, pastizales; sus entrañas, las majadas.
Aunque miro un árbol cada dos o tres mil metros,
¡y al ser tan pocos y escasos,
los perros hacen fila a orinarlos!

¡Qué bonito es mi pueblito:
tan sereno, tan chiquito, tan tranquilo,
reposado como el viento,
apacible y sosegado,
y hormigueando, entre sus venas,
diez millones que le habitan!

Qué calmo y qué templado
es mirarlo aquietado:
todo amable y complaciente,
cordial y muy risueño.
¡Y no me diga usted que es falso lo afirmado,
que me encrespo y me lo aquieto!

Por su gente tan tranquila,
¡qué bonito es mi pueblito!

XII

Recuerdos de mi ciudad (con una canción atolondrada)

Farol de estrellas, entre agaves,
donde las carrozas patinaron
sus corceles blancos, las herraduras de platino;
donde las crinolinas de malaquita
lucieron a sus bellas bailadoras.

*Los pollitos hacen pío, pío, pío;
hacen pío en la avenida.
Y cuando pasa el tranvía:
pío, pío... los hacen mantequilla.*

Por los adoquines sonaron las marimbas
y en las barandas negras las trenzas de guirnaldas.
Ojos de perlas claras restallaron las calzadas
y en banquetas empedradas resonaron las jaranas.

*Paso cardo y reposado
lleva el pollino atolondrado.
Buzna, buzna, que rebuzna,
al pasar sobre de un charco.
Y al no ver la alcantarilla...
buzna, buzna, que rebuzna,
cuello entero va hasta el fondo,
¡y ni ahogado se le escucha!*

Risueños van los parques mostrando tejocotes.
Las moras hacen vianda al ave que le canta.
Por sobre la plaza, la orquesta hace el foro
y el canto de la fauna.
Y la flor desespereza amaneciéndose en la mesa.

*¡Se fue a ladrar, se fue a ladrar,
y a un paisano a corretear!
¡Se fue a morder, se fue a morder,
el bulldog se fue a morder!
¡Y le mató, y le mató,
el gato de aquel chofer, de aquel chofer,
que le aventó uno hidráulico
al quererse defender!*

Tocan guitarras sus cuerdas en la plaza que se embeleza.
Jardines cuelgan sus lianas y a las muchachas

le pintan la falda con un jacinto que adorna,
para que baile risueña con un pendiente y trenza enjoyada.

*Lirín lirón,
hoy voy a comer
porque a un gorrión
le di un pisotón.*

XIII

Yo sueño, madre, que un día...

Madre, cuando alzo la vista sueño y te miro en la cima.
El sauce abre sus ramas que te levantan
para aposentarte serena en su cúspide abierta como bahía.
Las hojas la luna alzan. La copa al sol lo levanta.
En la tarima del viento mi beso va y te acaricia
y no deja tus pies se rocen sobre la tierra.

Mis ojos ven las montañas, y la altura elige tu cuerpo
para llenarlo de niebla y volarlo junto a los picos.
Las alas oyen tu voz y trinan,
y te quieren sola, siempre elevada,
como mis ojos que a ti siempre dulce te miran.

¡Madre, ya somos quince hermanitos,
y sueño que un día estarás en la cima
donde mi padre ya no te alcance!

XIV

Domingo de iglesia

Dulce, como un reposado santo
que beatifica y bendice el diario trajín,
que con su mirada tranquiliza al airado
y al inquieto le da apacible sentir,
va el padre con su rosario,
con su diario sentido sacralizado
y su bondad en los ojos para redimir.

Pero el hombre es otro: es fiero, es duro;

por sus manos la infamia es castigo e ignominia,
por sus pasos la impiedad se alienta y domina.

Aquella mañana, en el sermón de la iglesia,
fue el padre a decir su diaria homilía,
y sabiendo el pecado del hombre,
abrió su dominical texto y exhaló,
a pleno pulmón, la palabra de su manso pecho:
!Gomorra: pecado infernal y de guerra y de fuego!
¡No sean pecadores que la sal será su castigo!
¡No sean de Lot el hermano del yerro!
Porque ahí en Gomorra...

Al oír tales gritos, un hombre que estaba sentado
en la fila octava y que olía a puro aserrín,
a estofado, a mona deshidratada, a beodo trasnochado,
a cruda, por bien irlo a decir,
dio un sobresalto para luego expresar:

¿Qué? ¿Cómo? ¿Cuál domorra?
Vieja, eso de venir modorro a la iglesia
molesta mucho al padrecito.
¡Vámonos a casa, mejor a dormir!

XV

Si me adoptas prometo

Si me adoptas prometo ya no ser grandote sino chiquito,
no tocar más tu pecho sino la mamila,
no subirte la falda sino jalarla para llamar tu atención,
no mirar ese escote que me alborota y causa adicción,
no observar tu entrepierna sino al techo cuando te das un tropezón.

Pero no me pidas, ni por asomo insinúes,
ni siquiera lo pienses o caviles en ello,
que no pueda verte ese par de talones
y en plena malicia me vuelque hacia ti.

XVI

A un pedacito de basura en la calle

Como si el mar se hiciera un vaso,
o el big bang brotara de nuevo
o se encapsulara en la mano,
o quizá renaciera El Coloso de Rodas
con su magnitud plena y divina,
o se redescubriera una nueva América
y gritáramos todos desde la proa:
¡Ese es el nuevo mundo! ¡Esa es la nueva tierra!
Y nos diéramos la mano todos,
pletóricos de júbilo y de alegría,
llenos de entusiasmo para celebrarlo;
así me encuentro en la calle
frente a este mundo imperturbable,
silencioso, apacible, quietado.
Y de repente, le miran mis ojos...
Está ahí, solitaria y única: irrepetible.
La alzo, la levanto con el esmero
propio que se merece. La sacudo y limpio.
Soplo su masa con la meticulosidad
que un fino artista sabe proveer.
Y la alegría, en éxtasis, brota de mi alma:
¡Un pedacito de basura!...
¡Es la nueva octava maravilla!

Pasarán años, generaciones, épocas, centurias,
para que alguien encuentre, de nuevo, algo parecido.

XVII

Declaración de amor a las doce del día

Te quiero, ¡qué más!
Así el sol esparce mi canto
y provoca la velada de amor.

En este tic-tac resuenan
las floraciones del corazón
y se acelera de pronto,
como miles de aves
alcanzando el mirar de tus ojos.

Amada, a falta de existentes balcones,
¿podrías asomarte un poquito
por la ventana de ese camión,
antes de que se vaya
y me agote corriendo tras él?

¡No he terminado mi declaración!

XVIII

El abuelo contando un cuento

En esperando silencio, te cuento este cuento:
Por aquel reino de entonces,
donde un Rey sus ordenanzas dictaba,
el mundo sólo acataba lo que su palabra manifestaba.
Así, por las mañanas, ordenaba:
“Quiero la luz”. Y el sol, corriendo, se alzaba.
“Quiero dormir”. Y un manto oscuro cubría el resplandor celestial.
Lo que su dedo ordenaba al punto era obedecido.
Cuentan que hasta las estrellas todo el tiempo
le miraban para estar atentas por si algo declaraba.
Cuentan, igual, que los...

-¡Auxilio!, tráiganme algo, que la mamila se acaba
y llora el bebé porque no tiene nada...
(...)

Bien, de aquel reino te hablaba...
Era un reino de uno y era uno el que lo gobernaba,
un Rey que su dote era un dedo y todo lo administraba:
“Levántese”, y se levantaba al que le ordenaba;
“Acuéstese”, y se acostaba porque le mandaban.
Mar, sol, luna, pájaros de cuesta y aves de las praderas
obedecían, sin cuestionar, sus exigencias.

Un día, en una esquina del castillo,
una flor amarilla su capullo abrió.
El Rey nunca enterado estuvo del hecho
y la flor sus colores al cielo mostró.
Cuando su blanca corola apuntaba al cenit,
asombrado, y desde la torre, el Rey la observó.
Toda su furia se desató y, de inmediato,
a su escolta, cortarla, le ordenó...

-Huele raro... muy raro... ¡Aquí hay una flor descompuesta!
¡Auxilio! Necesita cambio de pañales esta flor.
(...)

Contaba de aquella amarilla flor.
Has de saber, mi niño, que el ser libre es siempre,
del corazón, la más grande ilusión.
Pues al ser libre las flores
se tornan en puro amor.

Aquella flor corrió entonces al bosque.
Vistió su verde boina, su uniforme de verde coloración,
y sus botas compactas de verde almidón.
Era el Che Guevara en persona y con su diario de luchador...
-Pero, ¡qué digo, si es un cuento de ensoñación!
Disculpa mi niño. Vuelvo a empezar.

Aquella flor su capullo cerró
al sentir que la escolta, rodeándola, la cercó.
Esperó entonces a que bajara el Rey a dictar su resolución.
Cuando el Rey, ya frente a ella,
iba a dictar su sentencia...

-¡Ay!... Que me has dado con tu sonaja en el mero mentón
y un chichón de inmediato me ha brotado como bermellón.
¡Auxilio!... ¿Hay alguien en casa que le explique al bebé
que un cuento le estoy yo contando y quiero su compasión?
(...)

Decía, entonces, de aquel Rey y la flor:
Rodeada por armas, por domados guerreros,
por violentas miradas que atemorizaban a cualquiera al pasar,
y ya estando enfrente el Rey para dictar su sentencia,
la flor su capullo abrió, mostrando su precioso color.
Sus catorce pétalos al Rey dirigió, y le dijo...

-¿Ya te has dormido, mi niño, mi dulce clamor?...
Dejemos el cuento para otra ocasión.

Y tú, flor, guarda silencio, que después de un chichón,
ese olor, esa mamila que se terminó
y una crisis de nervios que me trajo un temblor,
digo: si osaras su sueño hacerle perder,
en Rey me convierto y te corto yo mismo, sin lamentación.
¡Guarda silencio!

XIX

Poema al estrés ciudadano

Leído...

¡El que sigue!

XX

Al político de la oficina número uno

Patria: insigne tu hijo, siempre te ha servido.
Para él: laureles, ofrendas y el honor de las flores.
Todas las guirnaldas a su esmerado talento.
Todo el orgullo por su incansable desvelo.
Presea y decoro a su honradez y entereza.

Patria: es su nombre el privilegio del pueblo.
Su labia levanta la espada del suelo.
Su proba constancia delinea la marcha,
conduce el trayecto, dirige la raza,
personifica el adalid de victoria.

Invocador de Cármenes, Gorgias, Calicles.
Personificación de la excelencia y la cultura,
de la imparcialidad en la normatividad,
de la prontitud y eficacia,
de la respuesta ipso facto
y del desinterés ante el dividendo.

¡Para él son los salves y los vítores universales!
¡Paladín de justicia, el pueblo te honra!

(¡Diosito, Diosito:
que no me crezca más larga la nariz
que la de Pinocho!)

JUGANGO CON EL LENGUAJE

Húbome lo sucedido

Se me ingre la ubérrima de mi izquierdo.
Si la habré sentido que hasta el cielo
se me fue al latido.
De por marcar el paso al piso se me fue un derecho.
Y húbome, por tuerzo indirecto, habérmelo torcido.
¡Dolor que siento!
No el caso de andar un mal habido,
pero si, luxando, lo que un pateando
al mal saltando: ¡dislocado!
Examíneme el doctor me fue mirando,
y de un quejido a otro pareciera haberle yo gritado:
¡Basta! ¿No siente lo he sentido?
Y él, como si estuviese soñándome soñando yo lo mío,
despertóseme enyesado.
¡Dolor que siento!
Se me puso gordo hasta el quebranto.
¡Y todo por inhiesto del andar que es mi diestro!

Quietud

Ni por entendido lo que al niño dijo:
¡Acalámbrate ahí!
¿Perjurio, embrollo, enigma?
Preclaro nunca a mi mente asombra:
¿Qué dijo?... ¿Acalámbrate ahí?
Incógnita en mi yo ante tal diatriba.
Pero, ¿qué dijo ahí al niño ahí?
¿Acalámbrate?..
Si no húbome yo mismo yo entendido,
¿quién lo hubo?
¿Acalámbrate?... ¡Dios mío!
Y al niño acercósele yo mismo y preguntéle:
¿te dijo a ti qué cosa que te dijo?
Y respondióme él mismo así el niño:
¡Que ya quieto me aquietase!

Nace la amor

Lo aroma del rocío se parece a tus ojos:
dos gotas cuando caen; el demás, sur de estribillos.
Las piélagos fecundan tu rostro hasta el orilla
y dejan latitudes de tierras de alegría.
Lo mar se vino así a tus ojos
en un encuentro de América encendido:
lo ave puso plumas; el ola, pan y vida.

El piel desnudo te acaricia
en el fragua del viento hecho cenizas:
me das el vida, te doy caricias.

Y de mi cuerpo nace la amor
cuando mis manos tocan
esos delicias tuyas:
mis yemas prenden cual suspiros
besándote tus miedos.

Cuestionamiento a lo inentendible

Nada digo yo que no me dices
de lo antes expresado
que diga en forma tal y tan segura
la clara expresión de lo achacado.
Digo y dices, entonces, claramente:
¿Qué me dices? ¿Qué dijiste?
¿Hubo alguno nuestro que ha opinado?
Y testigo, mencionado,
dice luego que ninguno de nosotros lo hubo hablado.

¡Nada digo!...
¿Dije algo?

Frente al espejo

Antes de que se nos venga encima,
con su traje supuesto, su mirada algo así
y su entrecejo de doble perplejidad
que lo hace asemejarse,
a juicio de opinión y de vista inconclusa,
a un sí mismo de parecido afín -¡Dios mío!
¡Por Dios, qué feo ha de ser!-,
conjeturo que el presunto susodicho,
si es frente a un espejo,
yo mismo he de ser...
¡Santo cielo, que feo habrá de ser!

Rebatiendo

Con esa misma impaciencia
de la paciencia al desesperarse,
si se le apresurase,
para que con toda calma,
serenidad y entereza,
realice los hechos
en el preciso y exacto momento,
con la apacibilidad misma
de la placidez y el reposo,
tendríamos resultados de ipso facto.
¡Vaya urgencia!

PLATICANDO ALGUNAS COSAS

Un cuento incontable

¿Les platicué a ustedes qué es un Xerosonte?

A través de la historia ha sido mencionado en múltiples ocasiones. Una de las más importantes y que con el tiempo se volvió leyenda, no exenta de rumores y diatribas, fue aquella del 8 de septiembre de 1560 cuando falleció Amy Dudley. En los corredores de la monarquía inglesa siempre se murmuró que Elizabeth I y el esposo de Lady Amy, Robert Dudley (a la postre conocido como Earl of Leicester), eran amantes y habían planeado su muerte.

Aquel día del Señor, Amy Dudley rodó las escaleras encontrando el descanso eterno. Se especuló mucho sobre lo que originó la caída. Incluso un jurado tuvo que deliberar sobre el caso sin hallar respuesta alguna. Lo cierto es que Robert Dudley había salido días antes del lugar y a su regreso llevó consigo una caja grande que no permitió que nadie la abriera. El día de los acontecimientos hizo que toda la servidumbre saliera de la casa desde temprano. Robert llamó a su esposa desde la planta alta, haciéndola subir las escaleras. Estando en el último escalón, sorpresivamente Robert le mostró el Xerosonte. Fue tal el susto de Lady Amy que perdió el equilibrio y rodó hacia abajo encontrando ahí la muerte. Esta historia nunca pudo ser verificada. Sólo uno de los sirvientes escuchó lo acontecido pues apenas iba saliendo de la casa. Con el tiempo, se esparció como un rumor lo que él había escuchado y se regó la historia como lo hace la niebla en Inglaterra.

Sí, tiene su historia el Xerosonte. Pero no nos equivoquemos, se pronuncia la x como “cs”. No como sh o ch. Curioso nombre que se le otorgó: Xerosonte. No crean, a mí también se me dificulta pronunciarlo.

Recuerdo a mi abuela platicando de su tía Aulberta. Esta historia ocurrió cuando la abuela tenía diez años de edad. Aunque la tía Aulberta no era un pariente cercano pues provenía de una de las ramas lejanas del extinto tatarabuelo, lo que la distanciaba de la rama propia de la abuela. Sin embargo, le llamaban por cariño y por su edad: tía Aulberta.

El hecho es que vivía en un pueblo de esos pequeños en los que las nopaleras y los maizales cubren las viviendas con sus matas. Un día, caminando en el campo, escuchó un ruido en un árbol y se acercó por curiosidad. Vio en el tronco un Xerosonte... Quedó tan impresionada que, sin razón alguna, comenzó a recitar la biblia, específicamente el evangelio de Juan. ¡Recitaba sin parar más de 500 palabras al minuto! Casi ni tiempo le daba de respirar, comer o atenderse a sí misma. Hablaba y hablaba sin control: ¡ininterrumpidamente! Cuenta la abuela que le dio dos vueltas al evangelio de Juan y posteriormente empezó a recitar de memoria el capítulo XXVIII de Don Quijote de la Mancha, aquel que se refiere a un cura y un barbero. Nadie sabe por qué eligió ese capítulo. Especularon mucho que probablemente se debió a que en su infancia fue novia de un barbero. Lo cierto es que nunca encontraron explicación razonable a ese hecho. Un día, la tía Aulberta, ya exhausta y cansada, se fue a recostar para no amanecer ya nunca más.

Por curiosidad estuve indagando sobre el Xerosonte. Realmente fue difícil pues en el mundo del www o de Facebook o de google no encontré gran cosa; más bien, nada. Tuve que ir a una de esas bibliotecas donde guardan papiros antiguos y viejos. Ahí pude encontrar la siguiente información:

Genero/ especie: Ardalucium Oblicuos Esperancis

Familia: Luffanus Terraculus

Nombre común: Xerosonte

Y es todo lo que encontré. Con esa explicación me regresé a casa más que satisfecho. Se conocen muchas historias donde implican al Xerosonte. La que más recuerdo es aquella que mi madre solía contar. Ocurrió cuando vivía en la frontera. Contaba que en la calle donde vivía había una pareja madura con algunos años de casados. Como todas las parejas, tenían sus buenos y malos ratos. Un día, con algunas copas en la cabeza, a él se le ocurrió decirle Xerosonte a su mujer... ¡Santo cielo! Se armó tal revuelo que después de mil y un gritos terminó ella morada de coraje, le dio la espalda al marido, se levantó la falda y le enseñó el trasero. Acto seguido, abrió la puerta, le dio un portazo, y jamás se volvió a saber de ella. Lo último que se supo de él es que se había vuelto un perverso pues andaba gritándole a las jovencitas: ¡Xerosonte!, esperando que tuvieran la misma reacción de su mujer: la de levantarse la falda. Lo más que consiguió fue un par de cachetadas hasta que desapareció por completo.

Muchas veces me pregunté si esa reacción era porque el Xerosonte pertenecía a la familia Luffanus Terraculus.

De cualquier forma, ¿sabían ustedes que tiene un afilus oturos el Xerosonte?

¿Nooooo?...

¡Qué lástima!

Del capítulo perdido XVIII.01 bis (versión 3) de El Quijote de la Mancha. Libro primero, antes del segundo.

(Donde se acierta a afirmar lo expresado anteriormente, en plena voluntad y aquiescencia del susodicho –refiriéndome a Don Quijote–, quien aludiendo al aguisado acaecido y que es obra y acto de su mano –hablo de la mano de Sancho Panza–, internóse en el camino con todas sus pretensiones en respecto a lo mencionado y lo acordado –obviamente es sobre el diálogo sostenido con la hija del Duque Alfeñiquen del Algarbe–, dando paso al coloquio de las aventuras contadas junto a las ya antes referidas –esto fue solamente entre el Duque y su hija–, haciéndose de nuevas palabras –Don Quijote y Sancho Panza– para armar la travesía –nada más Don Quijote, no Sancho Panza– y para discernir sobre aquella infundada expresión de “Rastrea mi suerte” –no de Sancho Panza, sino de alguien más– que tanto llamó la atención de los ahí presentes –no, no la hija del Duque, quien ni enterada estaba–, dándose en respuesta un lenguaje de prosapia y rango –no Sancho Panza, Don Quijote–, en el que dióse, por demás, a bien decir en su entender. Escuchando todo aquello –me refiero a Sancho Panza–, explicóles, en detalle, lo ocurrido –no a Don Quijote sino a él mismo– para dar razón y causa del desaguisado asunto. En el desarrollo de lo expresado incluyóse el Duque y su nieta... no, su hija –disculpen el extravío–, por lo que así se manifestaron ampliamente –no Don Quijote, Sancho Panza– en vísperas de ser aleccionado –no la hija del Duque, no se confundan– proveyendo su buen decir –no Sancho Panza, Don Quijote– a esa manifestación del hablar y opinar con toda claridad –no a la hija del Duque, ¿estamos claros?–, para darse así por bien habido y explicado –no Sancho Panza, Don Quijote–, que el lenguaje habría de manifestarse –no por uno ni por

otro, ambos a la vez– como la más alta lengua de todas las habidas –¡no, no, no, no!... no Don Quijote, Sancho Panza– para darle rango de lenguaje universal a quien hablase –no metan a la hija del Duque en este asunto, ¿estamos? – de forma tal, que así es narrado y actuado en este capítulo perdido –perdón, la coma antes del punto y del que expresado. Bueno, procedamos a la narración)

El capítulo sigue perdido. No ha sido aún encontrado.

Coloquios de Platón

Diagoyoyo.- Conocerse, Maestro, es el diálogo solitario y profundo que exalta al ser y su materia. ¿Cómo llegar a ese punto?

Sócrates.- Hablar del ser es hablar de la esencia y uno mismo. Hay un fin pleno y mutante, y el ser se auto crea junto a ese movimiento.

Diagoyoyo.- ¿Cómo dijo?

Sócrates.- Empecemos desde un principio...

Diagoyoyo.- ¿El huevo y la gallina?

Sócrates.- No. Me refiero a una pregunta más simple y común, y donde no haya de Thanatos el castigo o de Hypnos la fugacidad del sueño. ¿Qué busca el hombre en la oscuridad de su pensamiento?

Diagoyoyo.- ¡Ande, Maestro, no se pase! Si le digo, se enoja mi señora.

Sócrates.- ¡¿?!... Digámoslo de otra manera. El hombre nace en el vacío. En la medida que crece y conoce, sus conocimientos responden a su ser social y sabiduría. Entonces, ¿qué prodiga mayor conocimiento hacia el ser?

Diagoyoyo.- Me quedé con el huevo y la gallina...

Sócrates.- La educación, por supuesto. El hombre es un ente racional, ávido de sí mismo y del saber. En la medida que profundiza sus conocimientos, más se comprende a sí mismo, y más entiende sus entornos.

Cleófilo.- Ciertamente, la volatilidad del ser humano existe debido a su incultura, a su desprecio por el conocimiento puro y la verdad.

Diagoyoyo.- Disculpe...

Cleófilo.- Amar el conocimiento es de seres inteligentes. Practicar el conocimiento es de sabios. La práctica conlleva a la armonía y al respeto con el medio...

Diagoyoyo.- ¡Disculpe!... Este diálogo es entre dos. He de invocar a Artemisa para que irradie su sabiduría hacia usted y deje en paz la armonía del diálogo que prevalece entre el Maestro y su servidor. De lo contrario, he de llamar a Ares para ejercer la fuerza que de él emana y solicitar vacíe el espacio que ocupa aquí. En otras palabras: ¡guarde silencio!

Le escucho, Maestro.

(...)

Sócrates.- Decía: para conocerse a sí mismo se requiere, primeramente, de conocimiento general. ¿Y cómo se adquiere este?

Diagoyoyo.- ¿En los libros?

Sócrates.- ¿Y antes de los libros?

Diagoyoyo.- ¿En la escuela?

Sócrates.- ¿Y cuando no se ha ido a la escuela?

Diagoyoyo.- ¡Me doy! Ya se me acabó el conocimiento.

Sócrates.- De la sociedad, por supuesto. Es la sociedad, y hablo de la familia, amigos, parientes, de todos aquellos con los que nos relacionamos e interactuamos; me refiero a esa práctica diaria del vivir que nos permite crecer en experiencia y sabiduría; la sociedad es fuente y comienzo del saber. Una vez iniciado el conocimiento se puede profundizar, metodizar, incrementar, experimentar, transmitir.

El conocimiento supera al hombre, es la máxima expresión de la belleza. Saberse a sí mismo y conocerse es la exhortación al diálogo con el entorno mismo: sociedad, hombre, naturaleza.

Diagoyoyo.- Es como cuando nosotros, los del vulgo, decimos: la dialéctica de lo concreto es igual a la cognoscitiva de la realidad aparente.

Sócrates.- ¡¿?!...

Diagoyoyo.- Continúe, Maestro.

Sócrates.- Conocer es la capacidad que tenemos de descubrirnos a nosotros mismos, es amar la verdad. Sin embargo, el saber no significa que se ejerza siempre una buena práctica. De ahí desprendemos que el conocimiento es movimiento. Se conoce para seguir profundizando, para seguir indagando, lo cual abre nuevos espacios que no se agotan nunca.

En la medida en que se profundiza el conocimiento, más se conoce uno mismo.

Diagoyoyo.- ¡Ah!...

Sócrates.- Me está salpicando con su baba. ¿Podría cerrar un poco la boca?

Diagoyoyo.- ¡Sí!... ¡Sí!... ¡Perdón!

Sócrates.- Nos conocemos más en la medida que conocemos más al otro: a nuestro mundo, a nuestro cuerpo, al ser humano. En eso radica la belleza y pureza de la conciencia. Ser conciente del ámbito es crear unidad con el todo y otorgar a cada quien el lugar que el universo le ha conferido.

Diagoyoyo.- Me encantó eso que dijo. Yo por eso hago unidad con mi mujer todas las noches antes de dormir.

Sócrates.- ¡¿?!...

Diagoyoyo.- ¿Entonces la educación es el arte de transmitir y adquirir ese conocimiento?

Sócrates.- ¡Precisamente para allá iba! La educación crea cultura. Una sociedad abierta a la sabiduría es una sociedad que progresa y avanza. Aquel individuo que pregona el saber, se educa a sí mismo y se sabe parte de un contexto en el que vive y se desarrolla.

Lo más importante es la educación de sí mismo.

Diagoyoyo.- ¿Esto incluye el placer?

Sócrates.- ¡Todo! Placer, deseo, voluntad, disciplina, inquietudes, anhelos, sentimientos...

Diagoyoyo.- ¡Esta noche no se salva Eurípida!

Sócrates.- ¡¿?!...

El silencio y la reflexión igualmente nos ayudan a profundizar en nuestro propio conocimiento. Los convoco a meditar unos segundos.

Diagoyoyo.- Usted, Cleófilo, ¡ni se le ocurra abrir la boca!

Historias de la realeza

Año del Señor 1124, donde el abolengo y la alcurnia engalanaron las mejores mesas, y los vinos se sirvieron con las sedas finas que los guantes blancos bendijeron. La sobremesa fue tema de las justas, de los hechos de nobles y distinguidos caballeros, de las diademas enjoyadas que las rosas fragantes de la época lucieron.

De aquel ilustre tiempo, Doña Ifigenia, Duquesa y afamada señora, ennoblecida por su Majestad con el título de “Honorabilísima y Excelentísima Soberana de la Real y Sacra Sociedad del convento de las Hermanas Pías y Justas del Altísimo Sagrario, concebida y distinguida de los Ordoñez y Hordoñez Gordoñez, embestida de la Orden Sagrada de los Paquidermos y las cortes nobilísimas de la magnificente región de las Marías del Espíritu Santo y la Autarquía, soberana por sí misma de sí, y de nadie más, y Duquesa en muto propio de los Gordoñez Hordoñez y Ordoñez Noñez”; pues bien, la susodicha Honorabilísima y Excelentísima Soberana... -disculpen, abrevio desde ahora en adelante el nombre; la Duquesa Ifigenia fue conocida por su maravillosa y distinguida cualidad en aviar las más exquisitas y elegantes fiestas que pudieron organizarse en reino alguno. Las invitaciones a dichos eventos fueron peleadas por sucesores a los tronos, por doncellas que aspiraron seducir a los más gallardos y valientes caballeros, por imperios lejanos y cercanos; fueron solicitadas por Reinas que buscaron mostrar sus más bellos y refinados atuendos, o desearon relucir las piedras que, por inmensas, desdeñaron los quilates. Reyes, Condes, Aristócratas e Hidalgos, Señores de las armas y de las

conquistas, aguardaron siempre la fecha para presentarse: sabían que solamente lo más distinguido y selecto de la nobleza hacía acto de presencia en dicho evento.

Sobra decir que en ese año del Señor, Doña Ifigenia se esmeró como nunca lo hizo antes en los preparativos. Ordenó traer desde Suiza los más exquisitos quesos y aperitivos; desde París vinos que el mismo Baco en el Olimpo disfrutara, manjares preparados en Roma, postres que la monarquía Rusa vitoreó. En fin, un banquete de música, comida y excelencia que el propio Zeus proclamó.

¡Y llegó la fecha! Doña Ifigenia abrió las puertas y uno a uno fueron presentándose los invitados. El único incidente en la bienvenida fue cuando apareció la bastarda Romina, hija del Rey Enrique Bastardo. Ella era conocida entre las familias reales por su gran excentricidad y egolatría, además, decía que tenía las nalgas de cristal. En pleno portón exigió a la Duquesa Figenia que la proveyera de una silla especial y acojinada con plumas de ganso incubados en los Alpes Suizos. Después de una breve discusión, aceptó, por cortesía, que le pusieran un colchón en la silla hecho de las plumas de las gallinas que habían traído desde Hungría y que sirvieron para preparar uno de los caldos que ofrecieron en la fiesta. De cualquier forma, los rumores corrieron a lo largo de las horas debido a ese incidente: “Mírala -dijeron algunas Damas encopetadas-, muy de nalgas de cristal, y ni por eso se avergüenza de los airesotes que se echa cuando come. ¿Serán de cloaca de cristal?”... Y se escucharon a pleno las carcajadas.

Corrió la fiesta y los convidados degustaron de los mejores vinos. El caviar se repartió como los susurros en la mesa; la vianda mostró los filetes importados, las carnes extraídas de los mejores establos de la vieja Europa; los postres dulces hechos de hojaldre extasiaron al más exigente de los paladares.

Sobresalió, igualmente, la Duquesa Doña Ifi con su vestimenta. Vistió un atuendo que su esposo ordenó hacer en los telares del Reino de la España: exquisito, único, delicado, inimitable... Fue un vestido que arrebató y deslumbró a todos los presentes. Fueron bañados en oro sus hilados; rubíes y topacios le adornaron y colgaron alumbrándole la falda. Doña Figenia resplandeció como la solana, y como una diosa, igual, brilló en el escenario. Además, lució un complaciente escote con el cual mostró las bellezas que la naturaleza le había obsequiado. Sobra decir que más de un caballero fue cautivado durante la velada; los ojos, baste decir, se les torcieron como las varas... y no tronaron como aquellas debido a que sus Damas, postradas a sus lados, obsequiaron en múltiples ocasiones pellizcos sin reparos.

Todo fue alegría, baile, paladeo, ajeteo, hasta que ocurrió el incidente a media noche. Mientras servían los meseros platillos de alta escuela, y muy refinados, por cierto; tales como: pulpo en su tinta al coñac, ostiones en su concha bañados de vino blanco, trozos de carne en su jugo de espuma y algas blancas, codorniz en su nido de uva y aroma tinto; a la Figenia se le ocurrió hacer un recorrido por las diferentes mesas para saludar. En una de las mesas estaba el Conde Hans Writen con su distinguida esposa. Desde el momento en que la vio acercarse, el Conde no pudo quitarle la vista, no de los ojos, sino de su

atractivo escote. En más de una ocasión se escuchó a la Condesa Vriten toser, intentando llamar la atención del marido, pero éste en ningún momento se dio por aludido. Se acercó entonces la Gordis (bueno, así le decía el Duque a su mujer, a Doña Ifigenia... disculpen el atrevimiento...); la Duquesa Gordis se acercó en el preciso momento cuando el mesero preguntaba a los comensales acerca del platillo que deseaban degustar (codorniz en su nido, trozos de carne en su jugo o el apetitoso pulpo en su tinta). El Conde no se inmutó en ningún momento ante dicha pregunta y siguió perdido en aquel sueño tan maravilloso que le obsequiaba la anfitriona. La Ifi (bueno, así le digo yo de cariño) les reiteró la bienvenida a los invitados de la mesa y le preguntó directamente al Conde si le faltaba algo que le pudiera ofrecer. El Conde, sin mirarle a los ojos, pero con la vista encima de ella, le respondió: “Sí. Quisiera una taza de leche en su pecho”...

De aquel año del Señor se cuentan historias tan bellas de nobles caballeros, de batallas por princesas, del honor y la belleza, de justas que hicieron época y quedaron inscritas en oro en las letras...

En lo personal, ¡cómo me hubiera gustado vivir aquella época tan maravillosa! Asistir a una de esas fiestas cubierto de los más finos y elegantes ajuares que existieron, codearme con la elegancia de la realeza y degustar de esos manjares que sirvieron para saciar el apetito de los dioses. Y ¿por qué no?, pedir un vaso de leche en su tinta... Perdón, quise decir en su concha... Bueno, ustedes me entendieron.



SALVADOR PLIEGO:

Nacido en la ciudad de México. Con estudios en Antropología Social y una Maestría en Sistemas de Computación. Como escritor inicia su carrera a finales de 2005 y desde entonces ha publicado los siguientes libros:

Poemarios:

Flores y espinas	2006	
Claro de la luna	2007	
Encuentro con el mar	2007 – 2008	Libro I y II
Bonita... Poemas de amor	2008	
Libertad	2009	
México	2010	
Los niños	2010	
El libro de los besos	2010	
Arterias de la tierra	2011	
Crepitaciones	2011	

Cuentos:

Los trinos de la alegría	2006
Aquellas cartas de amor	2008

Fue premiado como segundo lugar en poesía por la ENSL en México y nominado como finalista por el II Certamen Internacional de Poesía “San Jordi” en España, 2006. Participó como jurado en el Primer concurso literario “Atina Chile” en 2007. Su poema “Espadas y papiros” fue entregado como parte de los premios otorgados al ganador del Segundo concurso de cuentos cortos HdH Medieval. De sus viajes ha recibido múltiples reconocimientos, entre otros, el de ser “visitante ilustre del Municipio de Urrao”, Colombia.

Durante 2007 y 2008 participa activamente en el foro MundoPoesia, considerado uno de las más grandes de la red de Internet en cuanto a escritores, publicaciones y lecturas. En ese periodo es premiado en 19 ocasiones, entre ellas, otorgándosele el premio de Poeta del mes.

En el 2011 ha sido ganador de los siguientes premios: Ganador del premio de poesía Rubén Darío Rumbaut con el poema “Dulzura”, y “Primera mención de honor” en el concurso internacional de poesía “Trofeo Memorioso” organizado en Chiloé, Chile, con los siguientes poemas: Corcel de alas blancas, ¿Dónde los olivos? y Templanza.

A la fecha ha realizado lectura de su poética en Estados Unidos, México, Perú, Chile, Argentina y Colombia.